

## Carisma franciscano-clariano (III)

"Francisco y Clara respondieron 'SI' a la llamada de Dios que descubrían en la vida: ¿y tú?"

### Texto bíblico

Mt. 19, 16-30 "Vende todo lo que tienes ... y después sígueme"

En cierta ocasión se le acercó uno y le dijo: Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir vida eterna? Jesús le contestó: ¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno solo es bueno. Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. El le preguntó: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo. El joven le dijo: Todo eso ya lo he cumplido; ¿qué más me falta? Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme. Al oír estas palabras, el joven se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes. Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Yo os aseguro que un rico difícilmente entrará en el Reino de los Cielos. Os lo repito, es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de los Cielos. Al oír esto, los discípulos, llenos de asombro, decían: Entonces, ¿quién se podrá salvar? Jesús, mirándolos fijamente, dijo: Para los hombres eso es imposible, más para Dios todo es posible. Entonces Pedro, tomando la palabra, le dijo: Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué recibiremos, pues? Jesús les dijo: Yo os aseguro que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta en su trono de gloria, os sentaréis también vosotros en doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel. Y todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o hacienda por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará vida eterna. Pero muchos primeros serán últimos y muchos últimos, primeros.

Lc. 9, 23-26 "Si alguno quiere venir en pos de mí..."

Decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, ése la salvará. Pues, ¿de qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde o se arruina? Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras, de ése se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga en su gloria, en la de su Padre y en la de los santos ángeles.

## Otros textos:

### Una vida a la luz del Evangelio.

¡Todos juntos a vivir el Evangelio! ¡Y todo desde el Evangelio! Jesús amado, celebrado, imitado, predicado. Las fuentes primitivas describen lo que fue aquella primavera espiritual:

Día a día se iba llenando Francisco de consolación y gracia del Espíritu Santo, y con atención y solicitud iba formando a sus nuevos hijos con instrucciones originales en la comprensión y en el seguimiento de Jesús.

Todos eran solícitos en hacer oración todo el día y en ocuparse en trabajos manuales; se amaban con íntimo y mutuo amor; se servían unos a otros y se atendían en todo, como una madre hace con su único hijo queridísimo. Era su caridad tan ardorosa que les parecía cosa fácil entregar su cuerpo a la muerte, no sólo por amor de Cristo, sino también por el bien del alma o del cuerpo de sus hermanos. Estaban tan arraigados en humildad y caridad, que cada uno reverenciaba al otro como si fuera padre y señor. Y aquéllos que por su oficio o una cualidad tenían alguna preeminencia sobre los demás, parecían de situación más humilde y baja. Todos estaban prontos a obedecer y dispuestos siempre a cumplir la voluntad del que mandaba.

Nada reclamaban como propio. Los libros y los demás objetos que les habían sido dados eran usados por todos en común. Y a la par que en ellos y entre ellos reinaba una verdadera pobreza, eran liberales y generosos con todo lo que les había sido entregado por Dios; y por su amor daban de buena gana a cuantos se las pedían, particularmente a los pobres, las limosnas que ellos habían recibido. Se alegraban de continuo en el Señor y no encontraban entre sí ni dentro de sí motivo de tristeza. Siempre unidos con Dios y caminando siempre por la senda de la cruz y de la justicia, apartaban cualquier cosa que les fuera de obstáculo para vivir la conversión y el Evangelio.

Un día el Obispo de Asís dijo a Francisco: Vuestra vida me parece muy dura al no tener nada en este mundo. Señor, respondió Francisco, si tuviéramos posesiones, necesitaríamos armas para defenderlas y eso suele impedir el amor a Dios y al prójimo, por eso no queremos tener nada. Francisco lo iba comprendiendo cada vez mejor, y un día, iluminado por una intuición del Espíritu, dijo a sus hermanos:

Nuestra vocación, hermanos, a la que por su misericordia nos ha llamado el Señor, no es sólo para nuestra salvación; es también para la salvación de muchos otros a fin de que con el ejemplo y las palabras, más con el ejemplo que con las palabras, vayamos por el mundo exhortando a los hombres a la conversión y a vivir según el proyecto de Dios.

Y efectivamente, en cualquier lugar, ciudad o castillo, villa o casa, anunciaban la paz y exhortaban a temer y a amar al Creador de cielo y tierra y a cumplir sus mandamientos. Eran concordés en el ideal, diligentes en el servicio,

infatigables en las obras. Querían ser los menores, buscaban siempre estar debajo. Durante el día iban a las casas de los leprosos o a otros lugares útiles y quienes sabían hacerlo trabajaban manualmente sirviendo a todos con humildad. Ocupados siempre en trabajos santos y justos, honestos y útiles, estimulaban a la paciencia y humildad a cuantos trabajaban con ellos. Siempre en la paz y en la mansedumbre, intachables y pacíficos con todos.

## Llamadas a vivir el Evangelio.

Contemplando la Orden desde el exterior, las Señoras Pobres aparecen en 1216 formando una única familia con los Hermanos menores. Se caracterizan, como ellos, en que tampoco ellas se preocupan de los bienes temporales, sino solamente de ganar almas a Cristo. Renuevan la experiencia de la Iglesia primitiva, en la fraternidad en que viven con un solo corazón y una sola alma. No aceptan ninguna posesión: son pobres en la misma línea que los Hermanos menores. Como Francisco y sus compañeros viven del trabajo de sus manos.

Clara y sus hermanas, las hijas que Francisco había conquistado para el Señor, hijas de una inspiración suya en el Espíritu, son realmente diferentes respecto a la vida religiosa que conocemos hasta aquel tiempo en la Iglesia. Ellas son, al lado de los Hermanos menores, una Orden nueva con características revolucionarias y sorprendentes: seguimiento de Cristo pobre y humilde, la fraternidad.

Guiadas por Francisco, Clara y sus hermanas no dudan en despojarse como él. Se insertan profundamente con él en el misterio de Cristo pobre y crucificado, abrazando con lealtad absoluta, con la fidelidad propia de mujeres de corazón virginal, junto con Francisco, el único programa que está inspirado enteramente por el Espíritu del Señor: el seguimiento límpido del Evangelio.

Toda la aventura espiritual de Francisco la reviven Clara y sus hermanas hasta las últimas consecuencias: en la altísima pobreza, que Clara, defenderá firmemente hasta el fin de su vida y también en la fruición de la dulzura secreta que el mismo Dios ha reservado desde el principio para sus amadores.

Así la Segunda Orden, inmersa en el carisma de Francisco y obediente al mismo Espíritu que obra por medio de él, se realiza a través del mismo camino real de la Primera Orden: hacer penitencia, seguir el evangelio, vivir en altísima pobreza, en fraternidad cristiana, en fidelidad a la Iglesia católica. Y todo en el cuadro de una dimensión contemplativa claustral, que sitúa a la Segunda Orden junto a la Primera, en función complementaria: para realizar un solo cuerpo en el seguimiento del Cristo total que predica a las muchedumbres sin interrumpir nunca su coloquio en la soledad del monte, en el misterio del Padre.

## Francisco y la Iglesia.

Aquel grupo crece y va tomando madurez. Francisco comprende que aquella experiencia necesita legitimidad dentro de la Iglesia si quiere desarrollarse. Necesita su aprobación y ayuda. Le bastaba con el visto bueno del Obispo local. Precisamente no tenía problemas con él, pues Guido II era su amigo. Pero piensa que es mejor ir a Roma, porque la tarea misionera llevará fácilmente a los hermanos fuera de la diócesis. Afortunadamente es Papa Inocencio III, el Pontífice más clarividente en la apreciación de aquellos movimientos. Ya llevaba aprobados varios.

Un día les dijo Francisco: Veo, hermanos, que el Señor quiere aumentar misericordiosamente nuestro grupo. Vamos, pues, a nuestra santa madre la Iglesia e informemos al sumo Pontífice de lo que el Señor empieza a hacer por nosotros para que de aquí en adelante prosigamos lo comenzado con su aprobación y autoridad.

Escribió entonces para sí y para sus hermanos con sencillez y en pocas palabras una forma de vida y regla, sirviéndose, sobre todo, de textos del santo Evangelio, que era lo único que deseaba. Añadió, con todo, algunas pocas cosas más, absolutamente necesarias para poder vivir en comunidad. Y sin más, se fueron a Roma queriendo vivamente que el Papa les confirmase lo que habían escrito.

Los trámites fueron muy simples y a los pocos días se encontraban aquellos dos gigantes de la historia católica. No había nada que objetar en aquel proyecto de vida. Una sola pega: que parecía imposible de cumplir: vivir el Evangelio a la letra estaba por encima de las fuerzas humanas. Pero el Cardenal Juan salió en defensa del proyecto diciendo: Este hombre no pide sino la confirmación de la vida evangélica. ¿Cómo podemos pensar que en ella haya algo irracional o imposible? ¿No la propuso Cristo? Inocencio pidió tiempo, porque efectivamente, vivir el evangelio de misión, quedándose sin nada en este mundo, parecía imposible.

Francisco, -dijo a aquel joven de 27 años que tenía delante- ¿no te parece que este plan de vida está sobre tus fuerzas? Y si tú lo llegas a vivir ¿podrán los otros? Francisco contó una historia en la siguiente reunión:

Había en el desierto una mujer hermosa y pobrecilla. Un rey tuvo hijos de ella. Tras años de pasar penurias, el rey los llenó de sus bienes. Yo soy, señor, esta mujer pobrecita. Y me ha dicho el Rey de Reyes que alimentará a todos sus hijos, El, que alimenta hasta a los extraños.

Además Inocencio III había tenido aquellos días un sueño: la gran iglesia de san Juan de Letrán se venía abajo y un religioso, desmedrado y despreciable, la sostenía con sus espaldas.

Inocencio dio su aprobación a Francisco y al grupo para que vivieran la forma de vida evangélica y para que predicaran la conversión al pueblo. Francisco le prometió obediencia y reverencia, promesa que siempre cumplió escrupulosamente. Por su parte, la Iglesia siempre cuidó y ayudó a él y a su grupo naciente. Francisco

ama a la Iglesia; quiere ofrecerle un servicio primoroso, delicado y original en múltiples formas: ora por ella, abre pistas de experiencia cristiana con su vida, hace resonar en medio de ella la Palabra de Dios, el Evangelio de Jesucristo.

No siempre coincidieron aquella Iglesia de Inocencio y Francisco. Él obró siempre según el Evangelio, con libertad de obedecer ante todo a Jesús: La Iglesia acumulaba riqueza y poder. Francisco escogió la pobreza y la minoridad. La Iglesia se empeñaba en una cruzada militar contra los musulmanes, Francisco fue como amigo pacífico.

Francisco y sus compañeros abandonaron Roma rebosantes de alegría. Tomaron el camino de Espoleto y Asís y llevaban una sola conversación: el modo de vivir fielmente la Regla recibida, la manera mejor de proceder ante Dios y cómo podrían ser de más provecho para sí mismos y servir de ejemplo a los demás.

Aquel puñado de hombres que bajó espontáneo a Roma, subía constituido en grupo con una identidad reconocida oficialmente por la autoridad de la Iglesia, con un compromiso comunitario de fidelidad a un proyecto, con una organización. Eran ya la Orden de los Hermanos Menores. Hermanos entre sí y para con todo el mundo. Y menores, es decir, desde abajo, al servicio, limpiando los pies, como Jesús fue hermano menor. A Francisco le gustaba llamar a aquel grupo con la palabra "fraternidad", quedaba así muy a la vista que eran hermanos, todos iguales, reunidos por el proyecto de vivir el Evangelio. El amor mutuo, el apoyar el uno al otro, era un elemento esencia, fundamental.

## Fidelidad a la Iglesia.

Clara como Francisco es consciente de que su carisma es un regalo que el Espíritu Santo ha hecho a su Iglesia, y que a ésta cumple el deber y el derecho de velar por él. La obediencia y reverencia a la Iglesia están en los orígenes del carisma de las Hermanas Pobres de san Damián.

Clara y sus hermanas se esforzarán en vivir el Evangelio de Jesucristo dentro de la Iglesia, en total fidelidad a ésta, ahí está su triunfo y la gloria y el bienestar para toda la Iglesia. Aunque las Órdenes religiosas solían tener su propio Oficio Divino, Clara quiere rezarlo según el breviario Romano, lo que supone para ella una garantía más de catolicidad.

Clara fue consciente de su misión eclesial. Su vida ejemplar era considerada como fuente de gracias por la Iglesia, comenzando por el mismo papa Alejandro IV, quien en la Bula de canonización dice: "¡Qué lumbrarada la de esa luz y qué vehemencia la de su resplandor! Mas esta luz permanecía cerrada en lo secreto de la clausura y lanzaba al exterior rayos que rebrillaban, se recluía en el estrecho cenobio y destellaba en el ámbito del mundo, se contenía dentro y saltaba fuera. Porque Clara moraba oculta, y su conducta resultaba notoria, vivía Clara en el silencio, y su fama era un clamor, se recataba en su celda y su nombre y vida eran públicos en las ciudades. Y no es extraño, y que una lámpara inflamada, tan reluciente no podía quedar en escondido sin que esclareciese fúlgida en la casa del

Señor, ni podía recatarse vaso de tales esencias sin que aromase y con la suave fragancia rociase la mansión del Señor. Es más, cuando ella en el angosto reclusorio de su soledad maceraba el alabastro de su cuerpo, la Iglesia quedaba toda colmada de los aromas de su santidad."

## La misión.

Francisco llegó a comprender que él había sido enviado por el Señor a fin de que ganase para Cristo a muchos. Por eso prefirió vivir para el bien de todos antes que para sí solo, según el ejemplo de aquél que se dignó morir El solo por todos.

Después de ser aprobado por el Papa, Francisco comenzó a predicar más y mejor por ciudades y aldeas. Decía a sus hermanos: la paz que anunciáis de palabra la tengáis, y en mayor medida, en vuestros corazones. Pues para esto hemos sido llamados: para curar a los heridos, para vendar a los quebrados y para liberar a todos.

Ahora bien, la misión tomaba formas diversas, bien en la misma experiencia personal de Francisco, bien como opciones diversas de los hermanos. Había hermanos predicadores, es decir, que dedicaban parte de su vida al anuncio de la Palabra de forma itinerante; los había orantes, aquellos que en eremitorios y en lugares agrestes dedicaban toda su vida a la contemplación orante; por último había trabajadores. Así eran llamados aquellos hermanos que se dedicaban sobre todo a una presencia entre los hombres compartiendo con ellos el trabajo manual: marchaban de mañana con sus herramientas a trabajar y por el trabajo recibían, como limosna, cualquier cosa que se les diera para alimento de los hermanos. La misión central en cualquiera de sus formas, era hacer presente a Jesús en sus propias vidas de hermanos y menores, realizando el anuncio primero con el testimonio y luego con la exhortación. Esta misión llevó a Francisco y a sus hermanos a extenderse geográficamente primero por Italia y luego por otros países europeos y por tierras musulmanas.

## La oración como apostolado.

La oración contemplativa que Clara realiza en su clausura es alabanza, acción de gracias, encuentro, y también intercesión. En Dios Clara tiene una comprensión inmediata de la vida humana, está más cercana que nunca a todas las gentes. No es, pues, una evasión de los dramas humanos. El binomio misión-contemplación no se excluyen ni se oponen sino que se reclaman. La misión es un despliegue de la contemplación. Clara entra así en una comunión más atenta y solidaria con los gemidos de la humanidad. Ahí tenemos entre otros los testimonios de los que acudían a ella en busca de curación del cuerpo o el espíritu, de su intercesión a favor de la ciudad de Asís y de su comunidad, amenazadas por diversos peligros. Su misión, como la expresa a Inés de Praga es: "Te considero cooperadora del mismo Dios y sostenedora de los miembros vacilantes de su Cuerpo inefable."

Y hasta el mismo cardenal Hugolino la llama 'madre de su salvación', y le dice: "Te encomiendo mi alma y mi espíritu, como Jesús encomendó el suyo al Padre en la cruz..." Y siendo ya Papa, con el nombre de Gregorio IX le insiste: "Os rogamos que en vuestras oraciones os acordéis siempre de nos, elevéis vuestras piadosas manos hacia Dios y le supliquéis con insistencia para que El, sabedor de que en medio de tantos peligros no podemos subsistir a causa de la fragilidad humana, nos robustezca con su virtud y nos conceda cumplir dignamente el ministerio que nos ha confiado".

Ella misma se siente apoyada por la oración y vida de sus hermanas, como lo manifiesta a Inés de Praga: "Respiro con tanta alegría en el Señor al saber y creer que, con la imitación de las huellas de Jesucristo pobre y humilde, suples maravillosamente mis deficiencias y las de mis hermanas".

Como afirma Giulio Manzini: "Su contemplación hace de ella, aunque recluida y silenciosa, la primera intérprete y sostenedora de la más asombrosa corriente de actividad apostólica de todos los tiempos".

## Oración

Señor, hazme instrumento de tu paz:  
Donde haya odio, ponga yo amor.  
Donde haya ofensa, ponga yo perdón.  
Donde haya discordia, ponga yo la unión.  
Donde haya error, ponga yo la verdad.  
Donde haya desesperación, ponga yo esperanza.  
Donde haya duda, ponga yo la fe.  
Donde haya tinieblas, ponga yo luz.  
Donde haya tristeza, ponga yo alegría.

Oh divino Maestro:  
Haz que no busque tanto ser consolado, como consolar;  
Ser comprendido, como comprender,  
Ser amado, como amar;  
Porque dando, se recibe,  
Olvidándose, se encuentra;  
Perdonando, se alcanza el perdón;  
Muriendo, se resucita a la vida eterna.

## Algunas preguntas

¿Qué lugar va ocupando Jesucristo en tu mente y en tu corazón, en tu proyecto de vida? ¿Has descubierto lo que puede ser "seguirle", participar en su camino?

¿Te parece que se puede vivir hoy el Evangelio? ¿En qué aspecto? ¿Hasta dónde? ¿Encuentras ayudas para vivir el Evangelio?

¿Qué pasaría en el mundo si viviéramos el Evangelio? ¿Qué pasaría concretamente en el ámbito donde te mueves?

¿Eres Iglesia? ¿Consideras tus proyectos a la luz del bien de la Iglesia?

¿Qué te da hoy la Iglesia? ¿Qué puedes ofrecer por tu parte a la Iglesia para que no se caiga?

Ya eres cristiano/a ¿comprendes que eso ya te constituye en evangelizador/a?